

BODAS REALES

I

Si la Historia, menos desmemoriada que el Tiempo, no se cuidase de retener y fijar toda humana ocurrencia, ya sea de las públicas y resonantes, ya de las domésticas y silenciosas, hoy no sabría nadie que los Carrascos, en su tercer cambio de domicilio, fueron á parar á un holgado principal de la Cava Baja de San Francisco, donde disfrutaban del discorde bullicio de las galeras y carromatos, y del grande accipio de vitualías, huevos, caza, reses menores, garbanzos, chorizos, etc., que aquéllos descargaban en los paradores. Escogió D. Bruno este barrio mirando á la baratura de las viviendas; fijóse en él por exigencia de su peculio (que con las dispendiosas vanidades de la vida en Madrid iba enflaqueciendo), y por dar gusto á su esposa, la señora Doña Leandra, cuyo espíritu con invencible querencia tiraba hacia el Sur de

EST. TIP. DE LOS HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Carrera de San Francisco, 4.

Madrid, que entonces era, y hoy quizás lo es todavía, lo más septentrional de la Mancha. En mal hora trasplantada del *cortijo á la corte*, aliviaba la infeliz mujer su inmenso fastidio poniéndose en contacto con arrieros y trajinantes, con zagalones y mozos de mulas, respirando entre ellos el aire de campo que pegado al paño burdo de sus ropas traían.

Pronto se asimiló Doña Leandra el vivir de aquellos barrios: la que en el centro de Madrid no supo nunca dar un paso sin perderse, ni pudo aprender la entrada y salida de calles, plazuelas y costanillas, en la Cava y sus adyacentes dominó sin brújula la topografía, y navegaba con fácil rumbo en el confuso espacio comprendido entre Cuchilleros y la Fuentequilla, entre la Nunciatura y San Millán. Era su más grato esparcimiento salir muy temprano á la compra, con la muchacha ó sin ella, y de paso hacer la visita de mesones, viendo y examinando la carga y personas que venían de los pueblos. En estas idas y venidas de mosca prisionera que busca la luz y el aire, Doña Leandra corría con preferencia cariñosa tras de los ordinarios manchegos, que traían á Madrid, con el vino y la cebada, el calor y las alegrías de la tierra. Casi con lágrimas en los ojos entraba la señora en el mesón de la *Acemilería*,

calle de Toledo, donde paraban los mozos de Consuegra, Daimiel, Herencia, Horcajo y Calatrava, ó en el del *Dragón* (Cava Baja), donde rendían viaje los de Almagro, Valdepeñas, Argamasilla y Corral de Almaguer. Amistades y conocimientos encontró en aquéllos y otros paradores, y su mayor dicha era entablar coloquios con los trajinantes, refrescando su alma en aquel espiritual comercio con la España real, con la raza despojada de todo artificio y de las vanas retóricas cortesanas. «¿A qué precio dejásteis las cebás?... ¿No trujisteis ogaño más queso que en los meses pasados?... Soñé que llovían aguas del cielo á cantarazos por todo el campo de Calatrava. ¿Es verdad ó soñación mía?... Mal debe de andar de corderos la tierra, pues casi todo lo que hoy he visto es de Extremadura. Vendieron los míos para Córdoba, y sólo quedaron tres machos de la última cría, y dos hembras que pedí para casa... Decidme vos: ¿ha parido ya la María Grijalva, de Peralvillo, que casó con el hijo de Santiago el Zurdo, mi compadre?... ¿Supisteis vos si al fin se tomó los dichos Tomasa, la de Caracuel, con el hijo de D. Roque Sendalamula, el escribano de Almodóvar? Hubieron puñaladas en la Venta de la tía Inés por mor de Francisquillo Mestanza, el de Puerto Lápice, y á poco

no lo cuenta el novio, que es mi ahijado, y sobrino segundo de la tía de Bruno por parte de madre... ¡Ay qué arroje traéis acá, y con qué poco se contenta este Madrid tan cortesano! El que yo hacía para mis criados era mejor... *Idvos, idvos* pronto, que yo haría lo mismo para no volver, si pudiera; este pueblo no es más que miseria con mucha palabrería salpimentada: engaño para todo, engaño en lo que se come, en lo que se habla, y hasta en los vestidos y afeites, pues hombres y mujeres se pegotean cosas postizas y enmiendan las naturales. ¿Qué hay en Madrid? mucha pierna larga, mucha sábana corta, presumir y charlar, farsa, ministros, papeles públicos, que uno dice *fu* y otro *fa*; aguadores de punto, soldados y milicianos, que no saben arar; sombreros de copa, algunos tan altos que en ellos debieran hacer las cigüeñas sus nidos; carteros que se pasan el día llevando cartas... ¿pero qué tendrá que decir la gente en tanta carta y tanto papel?... carros de basuras, ciegos y esportilleros, para que una trompique á cada paso; muertos que pasan á todas horas, para que una se aflija, y árboles, Señor, árboles sin fruto, plantados hasta en las plazuelas, hasta en las calles, para que una no pueda gozar la bendita luz del sol...»

Estos desahogos de un alma prisionera, asomándose á la reja para platicar con los transeuntes libres, que libres y dichosos eran á su parecer todos los seres que venían de la Mancha, calmaban la tristeza de la pobre señora. Por gusto de respirar vida campesina, extendía su visiteo á paradores donde más que manchegos encontraba extremeños, castellanos de Avila ó de Toro, andaluces y hasta maragatos. El mesón de *los Huevos*, en la Concepción Jerónima; los del *Soldado* y la *Herradura*, los de la *Torreilla* y de *Ursola*, en la calle de Toledo; el de la *Maragatería*, en la calle de Segovia, y el de *Cádiz*, Plaza de la Cebada, junto á la Concepción Franciscana, veían á menudo la escualida y rugosa cara de Doña Leandra, que á preguntar iba por jamones que no compraba, ó por garbanzos que no le parecían buenos. *Los suyos—decía—eran más redondos y tenían el pico más corvo, señal de mayor substancia.*

Al regresar á su casa, hecha la compra, en la que regateaba con prolija insistencia, despreciando el género y declarándolo inferior al de la Mancha, entraba en las cacharrerías, compraba teas, estropajos y cominos, especia de que tenía en su casa provisión cumplida para muchos meses, así como de orégano, laurel y otras hierbas. Gustosa del paseo, se internaba con su

criada por las calles que menos conocía, como las del Grafal, San Bruno y Cava Alta, recreándose en los míseros comercios y tenduchos á estilo de pueblo que por allí veía, harto diferentes de lo que ostentan las calles centrales. Las pajerías le encantaban por su olor á granero, y las cererías y despachos de miel por el aroma de iglesia y de colmena reunidos; en la Cava Baja, como en la calle de Toledo, parábase á contemplar los atalajes de carretería y los ornamentados frontiles, colleras, cabezadas, albardas y cinchas para caballos y burros; las redomas de sanguijuelas en alguna herbolería fijaban su atención; los escaparates de guitarrero y los de navajas y cuchillos eran su mayor deleite. Rara vez sonaba en aquellos barrios el importuno voceo de papeles públicos por ciegos roncós ó chillonas mujeres; las patadas y el relinchar de caballerías alegraban los espacios; todo era distinto del Madrid céntrico, donde el clásico rostro de España se desconoce á sí mismo por obra de los afeites que se pone, y de las muecas que hace para imitar la fisonomía de poblaciones extranjeras. Veíanse por allí contados sombreros de copa, que, según Doña Leandra, no debían usarse más que en los funerales; escasas levitas y poca ropa negra, como no fuese la de los señores curas; abunda-

ban en cambio los sombreros bajos y redondos, los calañeses, las monteras de variada forma y los colorines en fajas, medias y refajos; y en vez del castellano relamido y desazonado que en el centro hablaban los señores, oíanse los tonos vigorosos de la lengua madre, caliente, vibrante y fiera, con las inflexiones más robustas, el silbar de las eses, el rodar de las erres, la dureza de las jotas, todo con cebolla y ajo abundantes, bien cargado de guindilla. Por lo que allí veía y oía Doña Leandra, érale Madrid menos antipático en las parroquias del Sur que en las del centro, y tan confortado sintió su espíritu algunas mañanas y tan aliviado de la nostalgia, que al pasar por algunas calles de las menos ruidosas, le parecieron tan bonitas como las de Ciudad Real, aunque no llegaban, eso no, á la suntuosidad, hermosura y despejo de las de Daimiel.

El contento relativo de Doña Leandra en su matutina excursión amargábase al llegar á casa cargadita de orégano y hojas de laurel, porque si era muy del gusto de ella la mudanza á la Cava Baja, sus hijas Eufrosia y Lea renegaban de la instalación en barrio tan feo y distante de la Puerta del Sol; á cada momento se oían refunfuños y malas palabras, y no pasaba día sin que estallara en la familia un

vivo altercado, sosteniendo de una parte los padres el acierto de la mudanza, y las hijas maldiciendo la hora en que unos y otros juzgaron posible la vida en aquel destierro. Los chiquillos, que ya iban aprendiendo á soltar su voz con desembarazo ante las personas mayores, seguían la bandera cismática de sus hermanas, y las apoyaban en sus furibundas protestas. Vivir en tal sitio era no sólo incómodo, sino desairado, no teniendo coche. Amigas maleantes las compadecían repitiendo con sorna que *se habían ido á provincias*; veíanse condenadas á perder poco á poco sus amistades y relaciones, que no podían sustituir con otras en un barrio de gente ordinaria; lo que ganaban con la baratura del alquiler, perdíanlo con el mayor gasto de zapatos; los chicos, con el pretexto de la distancia, volvían de clase á horas insólitas; hasta en el orden religioso se perjudicaba la familia, porque las iglesias de San Millán, San Andrés y San Pedro hervían de pulgas, cuyas picadas feroces no permitían oír la misa con devoción.

Debe advertirse, para que cada cual cargue con su responsabilidad, que las dos hermanas no sostenían su rebeldía con igual vehemencia. A los tonos revolucionarios no llegaba nunca Lea, que combatía la nueva situación dentro

del respeto debido á los padres y doblegándose á su indiscutible autoridad; pero Eufrasia se iba del seguro, extremando los clamores de su desdicha por el alejamiento de las amistades, presentándose como la única inteligencia de la familia, y rebatiendo con palabra enfática y un tanto desdeñosa las opiniones de *los viejos*. Respondía esta diversidad de conducta á la diferencia que se iba marcando en los caracteres de las dos señoritas, pues en la menor, Eufrasia, había desarrollado la vida de Madrid aficiones y aptitudes sociales, con la consiguiente querencia del lujo y el ansia de ser notoria por su elegancia, mientras que Lea, la mayor, no insensible á los estímulos propios de la juventud, contenía su preunción dentro de límites modestos, y no hacía depender su felicidad de un baile, de un vestidillo, ó de una función de teatro. Hablar á Eufrasia de volver á la Mancha era ponerla en el disparadero; Lea gustaba de la vida de Madrid, y difícilmente á la de pueblo se acomodaría; mas no le faltaba virtud para resignarse á la repatriación si sus padres la dispusieran, ó si desdichadas circunstancias la hicieran precisa.

En los tres años que llevaban de Villa y Corte, transformáronse las chicas rápidamente, así en modales como en todo el plasticismo

personal, cuerpo y rostro, así en el hablar como en el vestir: lo que la Naturaleza no había negado, púsole de relieve y lo sacó á luz el arte, ofreciendo á la admiración de las gentes bellezas perdidas ú olvidadas en el profundo abismo del abandono, rusticidad y porquería de la existencia aldeana. De novios no hablemos: les salían como enjambre de mosquitos, y las picaban con importuno aguijón y discorde trompetilla, los más movidos de fines honestos ó de pasatiempo elegante, algunos arrancándose con lirismos que no excluían el *buen fin*, ó con románticos espavientos, en que no faltaban rayos de luna, sauces, adelfas y figurados chorros de lágrimas. Pero las mancheguitas eran muy clásicas, y un si es no es positivistas, por atavismo *Sanchesco*, y en vez de embobarse con las demostraciones apasionadas de los pretendientes, les examinaban á ver si traían *insula*, ó dígase planes de matrimonio.

En el alza y baja de sus amistades, las hijas de D. Bruno mantuvieron siempre vivo su cariño á Rafaela Milagro, guardando á ésta la fidelidad de discípulas en arte social. Obligadas se vieron al desvío de tal relación en días de prueba y deshonor para la *Perita en dulce*; pero el casamiento de ésta con *Don Frenético* levantó el entredicho, y las manchegas pudieron re-

novar, estrechándolo más, el lazo de su antiguo afecto. Rafaela se hizo mujer de bien, ó aparentó con supremo arte que nunca había dejado de serlo; allá volvieron gozosas Eufrasia y Lea, y ya no hubo para ellas mejor consejero ni asesor más autorizado que la hija de Milagro, en todo lo tocante á sociedad, vestidos, teatros y novios. Y véase aquí cómo la fatalidad, tomando la extraña forma de un desacertado cambio de domicilio, se ponía de puntas con las de Carrasco: cada vez que visitaban á su entrañable amiga, tenían que despernarse y despernar á D. Bruno, pues Rafaela había hecho la gracia de remontar el vuelo desde la calle del Desengaño á los últimos confines de Madrid en su zona septentrional, calle del Batán, después Divino Pastor, lindando con los Pozos de Nieve y el Jardín de Bringas, y dándose la mano con el Polo Norte, por otro nombre *la Era del Mico*.

II

Aunque todo lo dicho puede referirse á cualquier mes de aquel año 43, tan turbulento como los demás del siglo en nuestro venturoso país,

hágase constar que corría el mes de las flores, famoso en tales tiempos porque en él nació y murió, con solos diez días de existencia, el Ministerio López, fugaz rosa de la política. Y también es preciso consignar que D. Bruno Carrasco y Armas se daba á todos los demonios por el sesgo infeliz que iban tomando sus negocios en Madrid, cementerio vastísimo, insaciable, de toda ilusión cortesana. No sólo se le había torcido el asunto de Pósitos, después de haber gozado esperanzas de pronta solución, sino que no hallaba medio de salir diputado ni por la provincia manchega ni por otra alguna de la Península, á pesar de los enjuagues con que Milagro había manchado su reputación de probo funcionario liberal. Ni la benevolencia de Cortina, ni los cariños y palmaditas de hombro del Ministro de la Gobernación, Sr. Torres Solanot, le valían más que para aumentarle el mal sabor de boca. Por añadidura, su plaza en una Comisión de Hacienda era honorífica, y D. Bruno no cataba sueldo ni emolumento, siéndole ya muy difícil sostener la falsa opinión de hombre adinerado; y para colmo de infortunios, cuando ya estaba extendido su nombramiento de Jefe político de Badajoz y sólo faltaba la firma del Regente, he aquí que viene al suelo y se hace mil pedazos el Minis-

terio Rodil, en medio de un desorden y confusión formidables. Le substituyó López, despertando en unos y otros progresistas esperanzas de mejores tiempos, y ya tenemos á D. Bruno consolándose de sus desdichas y viéndose salvado de la crisis que le amenazaba. Quería personalmente á López y le admiraba por su elocuencia. Verdad que no sacaba gran substancia de ella, achaque común á todos los admiradores del que entonces pasaba por eminente tribuno. Si ininteligibles son los oradores que padecen plétora de ideísmo, en el mismo caso están los anémicos de pensamiento, que al propio tiempo disfrutan de una fácil y florida palabra. De los más intensamente fascinados por la vana oratoria de López era D. Bruno, el cual en terrible perplejidad se veía cuando en el café le preguntaban sus amigos: «¿Pero qué ha dicho, en suma?»

En su casa, donde nadie le contradecía, manifestaba el manchego libremente su nueva cosecha de ilusiones, y la risueña esperanza de que entrábamos en una *era de ventura*. «Ya ven—decía,—si estamos de enhorabuena los españoles. Ha dicho D. Joaquín que se constituirá una *administración paternal*. Es precisamente lo que venimos pidiendo... Que se moralizará la *administración en todos los ramos*, y que se pro-

sentarán á las Cortes todos aquellos proyectos que *promuevan la felicidad pública*... Esto, esto es lo que España necesita... ¡Por fin tenemos un hombre! Y para que estemos completamente de acuerdo, también asegura que el nuevo Gabinete *trabajará por la reconciliación de todos los ciudadanos que con su saber y virtudes pueden contribuir á la felicidad y lustre de la patria*. ¡La reconciliación! Ese es mi tema. Y López lo hará, ayudado por los demás Ministros, Fermín Caballero, el General Serrano, Ayllón, Frías y Aguilar, ¡vaya si lo hará!... ¡Todos unidos, todos mirando por la moralidad, respetando la libertad de imprenta y cuantas libertades nos den...! Ved lo que dice el *Eco del Comercio*: que López es uno de los *primeros hombres de Europa*, y yo añado que las naciones extranjeras nos le envidian. Una palabra que no entiendo trae el periódico: dice que López es el *Palladium* de las libertades públicas. ¿Qué querrá significar con esto el articulista? Eufrasia, tú que eres la más leída de casa, ¿sabes lo que es *Palladium*?» Replicó la niña con plausible sinceridad que había oído más de una vez la palabreja; pero que no recordaba su sentido, porque tal número de voces nuevas se usaban en Madrid, traídas de Francia, que era difícil guardarlas todas en la memoria... únicamente

asegurar podía que *Palladium* era cosa del *pro-mún*. No se cuidó más D. Bruno de poner en claro el exótico término, y se fué en busca de noticias. Todavía no había podido el Gobierno desenvolverse de las primeras obligaciones ministeriales, y ya le habían prometido á D. Bruno los íntimos de Caballero una jefatura política más cómoda que la frustrada de Badajoz, provincia revuelta en aquellos días, á causa de los desafueros cometidos para sacar diputados, *por los cabellos*, nada menos que á tres lumbres del Progresismo: D. Antonio González, Don Ramón María Calatrava y D. Francisco Luján. Mejor ínsula sería para D. Bruno la provincia de Alicante, tan celebrada por su turrón como por su ardiente liberalismo.

En estas ilusiones transcurrieron diez días, no siendo preciso más para que se marchitaran las rosas primaverales del Ministerio López. Este continuaba llamando á la reconciliación, abriendo sus brazos á todos los españoles virtuosos, y los españoles virtuosos no acudían al llamamiento; quería Su Excelencia fascinarles con periodos que lisonjeaban el oído y despertaban ideas placenteras, efecto semejante al de los brillantes colores y al de los orientales perfumes. El diablo, que no duerme, levantó grave discordia entre la voluntad del Regente y la

de los Ministros. Querían éstos cambiar el comedero de Linaje (secretario de confianza y amigo fiel de Espartero), quitándole de la Inspección de Infantería para llevarle á una Capitanía General. Negóse á firmar el decreto Su Alteza, y ya tenemos al Ministerio López boca abajo, casi sin estrenarse, guardando para mejor ocasión los proyectados abrazos, las flores y toda la perfumería política.

Creyó D. Bruno que se le caía el cielo encima con todas sus estrellas, y sintió vivísimas ganas de saber lo que era el *palladium*, para dar golpe en el café, usando esta palabra en una protesta viril y al propio tiempo erudita. Pero como estaba de Dios que en el desmoche continuo de patrióticas esperanzas nunca se ajase el ramillete de las de Carrasco, á la muerte ilusión sucedió bien pronto la de ser atendido y considerado por el nuevo Gabinete, que presidía D. Alvaro Gómez Becerra, y en el cual figuró asimismo un amigo de los mejores que el manchego tenía: D. Juan Álvarez Mendizábal. Faltaba que la política entrase en vías pacíficas y normales, y así habría pasado si Dios atendiese el ruego del honrado D. Bruno; mas los designios del Altísimo eran otros, y queriendo trastornar á esta insensata nación más de lo que estaba, permitió la sesión del 20 de Mayo

en el Congreso, una de las más embarulladas y batallonas que en españolas asambleas se han visto. El paso de un Gobierno á otro fué grande escándalo; dijéronse allí entrantes y salientes lindezas mil; rompió el Presidente la campanilla; las tribunas vociferaban; hasta se habló de asesinos pagados, que acechaban en las puertas para quitar de en medio á los ex-Ministros impopulares, y por fin Olózaga, con ardiente y cruel palabra, marcó el divorcio entre el Regente y las más notables figuras de su partido. Ya nadie se entendía; la coalición de la prensa conseguía su objeto de prender fuego al país, y los moderados, atizadores de la hoguera, bailaban gozosos en torno á las rojas llamaradas.

Entró aquella noche en su casa de la Cava Baja el buen D. Bruno en tal grado de consternación, que Doña Leandra, creyendo llegada la coyuntura de retirarse á la patria de Don Quijote, como término de aventuras fracasadas, no pudo disimular su contento; las chicas, temerosas de que, desvanecida la última ilusión paterna, se impusiese la vuelta al país nativo, perdieron el color, el apetito y hasta la respiración. Y viendo tan ceñudo al jefe de la familia y que ni con tenazas podían sacarle una palabra del cuerpo, echáronse á llorar, hasta

que tantas demostraciones de pena obligaron á Carrasco á explicar la causa de su duelo.

«Esta tarde—les dijo, rechazando con austeridad el plato de judías con que empezaba la cena,—la sesión del Congreso ha sido de gran tumulto, y con tanto coraje se tiraron de los pelos, como quien dice, una y otra familia de la Libertad, que ya no veo enmienda para la situación, y Dios tiene que hacer un milagro para que no se lo lleve todo la trampa. ¿Sabéis lo que ha dicho Olózaga esta tarde en un discurso que hizo retremblar el edificio, y que ha llenado de ansiedad y de temor á los diputados y al gentío de las tribunas? Pues ha dicho: *¡Dios salve á la Reina, Dios salve al País!* Y á cada párrafo, después de soltar cosas muy buenas, con una elocuencia que tiraba para atrás, concluía con lo mismo, que á todos nos suena en la oreja y nos sonará por mucho tiempo, como la campana de un funeral: *¡Dios salve á la Reina, Dios salve al País!* Quiere decir que ya todos, Nación y Reina, partidos y pueblo, somos cosa perdida, y que estamos dejados de la mano de Dios. No sé ~~las~~ veces que repitió ese responso tan fúnebre: lo que sé es que cuantos le oíamos estábamos con el alma en un hilo, deseando que acabase para poder tomar resuello. Salimos de la sesión pensando

que este Gobierno no durará más que duró el otro, que á nuestro pobre Duque le ponen en el disparadero con tanta intriga y tantas *salves* y *padrenuestros*. Locos de alegría andan los retrógrados porque todo se les viene á la mano, y ya no hay un liberal que esté en sus cabales. Veo á mi D. Baldomero liándose la manta, y una de dos: ó el hombre sale por manchegas, haciendo una hombrada y metiendo á *tiros* y *trajanos* en un puño, como sabe hacerlo cuando se le hinchan las narices, ó tendrá que tomar el camino de Logroño y dejar á otro los bártulos de regentar. Ya está claro que aquí no habrá más reconciliación que la del valle de Josafat. Los hombres de juicio no tenemos pito que tocar en tales trapisondas, y bueno es que os vayáis preparando para irnos á escardar cebollinos en Torralba, de donde nunca debimos salir, ¡ajol!, porque no se ha hecho este trajin de ambiciones para los hombres de campo, y *al que no está hecho á bragas, las costuras le hacen llagas*. Habréis oído en nuestra tierra que *por su mal le nacieron alas á la hormiga*. Por mi mal tuve ambición, y ya véis... ya véis lo que hemos sacado desde que vivimos aquí: bambolla, mayor gasto, esperanzas fallidas, los pies fríos y la cabeza caliente. No más, no más Corte, no más política, porque así regene-

raré yo á España como mi abuela, y mi entendimiento, pobre de sabidurías, es rico en todo lo tocante á paja y cebada, al gobierno de mulas y á la crianza de guarros, que valen y pesan más que el mejor discurso.»

Poco más dijo, sin abandonar el tono lúgubre y las negras apreciaciones pesimistas. No cenó más que un huevo y medio vaso de vino, y se fué en busca del sueño, que calmaría sus anhelos de ciudadano y sus inquietudes de padre y esposo. Triste noche fué aquélla para la familia Carrasquil, por la turbación hondísima de todos los ánimos, excepto el de Doña Leandra, que ya veía lucir la estrella que á los manchegos horizontes la guiaba. En vela pasó toda la noche pidiendo al Señor que afanzara con buenos remaches, en la voluntad de Bruno, la determinación de volver al territorio, mientras Lea y Eufrasia, en su febril desvelo, muertas de ansiedad y sobresalto, pedían á la Virgen de Calatrava, su patrona, y á la de la Paloma de acá, y á todas las españolas Vírgenes, que arreglasen con Dios por buena manera todos los piques entre *cangrejos* y liberales, y entre éstos y el Regente, y que procurase la reconciliación de los *hombres de Septiembre* con los *hombres de Octubre*, y de los de Mayo y Agosto con los de los demás meses del año, para

que D. Bruno viera sus negocios felizmente encaminados y no persistiese en el absurdo de sepultar otra vez á la familia en las tristezas de Torralba. Imaginaban una y otra que, llegado *el instante fiero*, oían pronunciar á Don Bruno el terrible «vámonos.» Lea se resignaba con harto dolor de su corazón; Eufrasia no: su amor filial, con ser grande, no alcanzaba ciertamente á tan tremendo sacrificio. Anticipando ambas en su pensamiento el trance fatal, la primera lloraba despidiéndose de Madrid, la segunda sufría el desconsuelo de dar un eterno adiós á sus padres y hermanos: su problema, su grave conflicto era discernir y escoger resueltamente el resorte más eficaz para no seguir á la familia.

III

Algún alivio tuvo en los siguientes días el pesimismo angustioso del manchego, y alguna dedada de miel atenuó su amargura. Mendizábal le había saludado con mucho afecto, y un amigo de entrambos le llevó las albricias de que no sería olvidado el expediente de Pósitos. De jefatura política no le dijeron una palabra;